

# EL ESTUDIANTE

Semanario de la juventud española



HERMOTICA MUNICIPAL  
MADRID

## S U M A R I O

Comentando nuestra labor, Editorial.—Santiago Rusiñol, Luis Bagaría.—Iberoamericanismo pragmático, M. A. Pulido Méndez.—La Universidad Central, Editorial.—Una página de Ramón Gómez de la Serna.—La Religión del porvenir (conclusión), José Antonio Balbontín.—Bonilla San Martín ha muerto, Editorial.—Un tiro de Sal (cuento histórico), C. Rivas Cherif.—Estampas (versos), Desiderio González.—Muerte repentina (conclusión), Ricardo Baroja.—Una obra nueva de Unamuno, Editorial.—Las escuelas de Ingeniero, Editorial.—La otra América. E. S. y Ch. Una réplica, Juan de Antequera.—Libros.

\*

Precio: 30 cts. - MADRID - 24 enero 1926



---

---

OBRAS DE

---

---

D. MIGUEL DE UNAMUNO

---

De la enseñanza superior en España.  
Tres ensayos ¡Adentro! La ideocracia.  
La Fe.  
En torno al casticismo.  
Paisajes.  
Vida de Don Quijote y Sancho.  
Amor y Pedagogía.  
De mi país. Descripciones, datos y artículos de costumbres.  
Paz en la guerra.  
Poesías.  
Mi religión y otros ensayos.  
Por tierras de Portugal y España.  
Rosario de sonetos líricos.  
Una historia de amor.  
Soliloquios y conversaciones.  
Andanzas y visiones españolas.  
Contra esto y aquello.  
El espejo de la muerte (novelas cortas).  
Niebla (novela).  
Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos.  
Ensayos (siete tomos).  
Abel Sánchez. Una historia de pasión.  
El Cristo de Velázquez.  
Tres novelas ejemplares y un prólogo.  
Teresa. Rimas.  
L'agonie du christianisme (París 1925).

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL MUNDO

---

*Las obras de D. Miguel de Unamuno han sido traducidas al francés, al italiano, al inglés y al alemán. Se está publicando la traducción al sueco de sus obras completas.*



# EL ESTUDIANTE

SEMANARIO DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA

MADRID \* NÚMERO 8

Director: Rafael Giménez Siles

24 ENERO 1926

DIRECCIÓN

Y ADMINIS-

TRACIÓN:

ZORRILLA, 4

Este número ha sido  
visado por la censura



## Comentando nuestra labor

Cada vez es mayor, más efusiva y calurosa, la acogida que gana nuestro semanario. Ello significa para nosotros, entre otras cosas, el logro de nuestro primero y principal deseo, que se cifró, desde un comienzo, en conseguir una unión o conexión en la juventud española. Es esencial en nuestra época una comunidad y compenetración continua entre los individuos que hoy experimentan en España anhelos de renovación, anhelo continuo de una realidad donde sea factible el desarrollo de todas las actividades, sin menoscabo de la dignidad personal. Por esto, lo primero que ideamos, al sacar nuestro semanario, fué conseguir una rotura continua en ese falso individualismo del español, tan falto, por otra parte, de personalidad, individualismo que hace difícil, imposible, la unión para luchar por ideales. Sólo deshaciendo esa propensión frecuente al aislamiento, hemos podido soñar en otra España, y acaso seamos optimistas si, al tomar como dato importante el éxito de EL ESTUDIANTE, creemos posible, por lo menos, nuestra labor.

Es natural, naturalísimo, encontrar dificultades enormes cuando se trata de hacer, como en este caso, una obra sin otra mira que no sea la idealidad, impuesta hoy día por la esperanza. La mayoría de las personas retroceden al no ver al otro lado de sus esfuerzos una recompensa inmediata. Son siempre escasos los que saben aplicarse con tesón, generosamente, por encima de toda dificultad y riesgo, al trabajo. Así no parecerá extraño que, a la par que EL ESTUDIANTE cobra más amplitud y tiene más resonancia, tropiece con obstáculos considerables, los cuales, de no ser abatidos con gran energía por nuestra parte, concluirían por empequeñecer —sólo en el orden material— nuestra empresa.

Por otra parte —y esto es preciso advertirlo—, EL ESTUDIANTE no es más que un arma de combate y uno de nuestros medios, pero no el único. No han concluido nunca, en nuestra revista, nuestros fines ni nuestras ambiciones. Aun aminorando la estructura de EL ESTUDIANTE, por motivos materiales, siempre nos quedarían abiertos otros caminos, en los cuales podríamos combatir y hacer eficaz, de una o de otra manera, el ideal que nos propusimos al hacer reaparecer nuestra revista. Nada,

pues, puede intimidarnos, ni mucho menos desalentarnos, las miradas compasivas, falsamente compasivas, de los ineptos así para la acción como para la contemplación.

Hemos dicho, y volvemos a repetir nuevamente, que nuestra intención fué, desde un comienzo, formar un núcleo de juventudes libres españolas, para ir despertando de esta forma, en la España joven, un sano descontento que le obligase, a su vez, a una actuación eficaz en los problemas más perentorios de nuestra patria. Sólo ello —que no es poco, por cierto— nos propusimos. Por eso hemos adoptado una amplitud continua en nuestras intenciones, no reduciéndolas al problema universitario, que es, al fin y al cabo, parte del problema de España en todos los órdenes.

Esto no quiere decir, sin embargo, que estemos satisfechos plenamente de nuestro semanario. Lo estamos, claro está, de nuestras intenciones, las cuales no podremos deponer nunca. Como toda obra, EL ESTUDIANTE podrá ofrecer pifias y desniveles, en cuanto a estructura; pero el espíritu que anima sus páginas, visible así a la pupila amiga como a la enemiga, sabe y sabrá mantenerse siempre en ese campo independiente, tan propicio a la libertad. No podemos estar satisfechos, además, de nuestra revista, cuando ésta se ve continuamente cercenada, viniendo a mostrarse al público con una voz apagada, al parecer acomodaticia. Bien saben los lectores cómo esto último es ajeno a nuestra voluntad.

EL ESTUDIANTE celebra hoy, a pesar de las dificultades, cada vez más duras, que se le ofrecen, el triunfo alentador de esas voluntades que vienen hacia nosotros desde los pueblos más escondidos de España. Es el comienzo, sin duda, de aquella unidad y compenetración de que hablábamos. Es la demostración, además, de que en este suelo, donde sólo parece que se vive para la ganancia personal e inmediata, existen, aunque aislados, sentimientos de puro desinterés, anhelos de justicia e independencia plenas. Nuestro semanario siéntese recompensado con esta evidencia. Y, sea cual fuere el destino de EL ESTUDIANTE, siempre podrá contar, como suyo, este éxito rotundo, alcanzado con sólo un llamamiento a la juventud española.



## SANTIAGO RUSIÑOL

*EL ESTUDIANTE ha seguido con devoción e interés el homenaje al gran artista Santiago Rusiñol, homenaje mercedísimo, en el cual nos hemos sentido representados por Luis Bagaría. Hubiéramos deseado manifestar aquella adhesión nuestra al acto de Sitges en el número último de nuestro semanario; pero aplazamos aquella manifestación hasta contar con la colaboración de Bagaría. Cediendo a nuestros ruegos, Bagaría nos entrega esta carta, que sustituye perfectamente al dibujo que en un principio deseábamos. Nadie como el gran caricaturista, al tratarse de Santiago Rusiñol, puede hablar con más emoción, acierto y firmeza.*

Querido Tiago: Mis buenos amigos de EL ESTUDIANTE, que lo son doblemente por su liberalismo y juventud, solicitan de mí dedique aquí unas palabras a tu magnífico homenaje. Nunca me he ocupado en estas cuestiones de escribir, bien lo sabes; pero hoy lo hago gustosamente, pues al hablar de ti evocándote, creo expresarme en un ambiente familiar y sencillo, sobre una persona querida y admirada.

Tú, que supiste fortalecerme en mis comienzos, alentándome con tu sonrisa, sabes hasta qué punto he llegado a comprender lo que supone, en tu obra y en ti mismo, aquella tu manera de sonreír, que siempre la he visto alimentada, en su fondo, por todo cuanto tiene la vida de triste y desagradable. Sé perfectamente cómo de esta misma tristeza, regada por lágrimas, ha florecido en ti y en tu obra la alegría. Es flor de escepticismo, de desencanto; pero la única noble, hermosa y varonil cuando se ha llegado a conocer la vida íntimamente, luchando en ella con hondo impulso.

En tu homenaje recordé amorosamente tu obra, e imaginé ésta de forma originalísima. Por un raro don de la naturaleza te has visto siempre poseedor de un magnífico espejo, el de toda tu literatura, donde se ha reflejado las deformidades lamentables de la época, todos los sentimientos torcidos que adivinaste y te rodearon. He visto, además, ese tu gran espejo, amenazado constantemente por todos los que se vieron en él. Eran los Esteves —y muchos también que

no lo son—, que pretendían quebrar el cristal que les devolvía como un insulto sus figuras funestas. Lo vi amenazado, digo; procuraron por todos los medios desvirtuarlo; pero tu espejo, Rusiñol, era tan puro y fiel como recio, y no lograron destruirlo. Es más: ahora lo siguen sumisos, aunque violentados interiormente, y ya no queda quien, gustosamente o por fuerza, no se incline ante tu talento. A mí me pareció distinguir el otro día, cuando te agasajaron, a algunos hombres que hubieran deseado en otro tiempo destruir el limpio cristal de tu obra, donde tantas veces se vieron en toda su incapacidad y mezquindad.

Además de esta visión, que así como me recuerda la exactitud y fidelidad de tu obra, me evoca cosas tristes, veo en tu vida un conjunto armonioso y “ple”, donde se consigue “toda la gama” y “toda la lira”, como dijo el gran poeta Rubén Darío; donde se observa un ritmo admirable de hombre completo. Tu arte y tu vida están ligados estrechamente; tu pintura y tu poesía se hallan hermanadas por un mismo sentimiento. Todo en ti ha cobrado ese gran encanto que da la fuerza, la mirada comprensiva, honda y viril.

Y ahora, Santiago, brindemos nuevamente por nuestra patria sentimental, por aquella, primero, que hoy no es más que un recuerdo lejano: por la visión imborrable de aquellas casas, de aquellos árboles, de aquel horizonte; por ese rincón donde correteó nuestra infancia y cuyo recuerdo viene hacia nosotros constantemente, con toda su ternura y encanto; brindemos, Santiago, por esa patria íntima y deliciosa, y luego, por la patria espiritual y sin fronteras, por aquella que sólo puede estabilizarse allí donde los hombres sientan necesariamente el arte, la justicia, la libertad. Brindemos por ella, tan fuera en ocasiones de la patria geográfica, y unámonos nuevamente, llenos de idealidad, en este centro de juventudes liberales, al lado de estos jóvenes que, como nosotros, ansían un mundo más justo, más fuerte, más estético.

Luis BAGARÍA

---

*EL ESTUDIANTE tiene representantes en muchos centros de enseñanza, y desea tenerlos en todos. Podrán dirigirse, por consiguiente, a nuestra Revista, demandando tal representación aquellas personas que más enlazadas se hallen con el espíritu que anima a EL ESTUDIANTE*



## Iberoamericanismo pragmático

por

M. A. PULIDO MÉNDEZ

El iberoamericanismo ha sido hasta el momento actual algo postizo, algo que existía en la zona abstracta de las ideas y no en medio de la corriente de la vida. Más que un propósito de acercamiento, era el motivo de una serie de cumplimientos que no han dado otro fruto que el pesimismo de muchos, cuando no el vanidoso verbalismo de los Lugones y de los Chocanos.

Una doctrina no es verdadera si no cuando deja de ser intelectualista y penetra la voluntad de conciencia de todo un pueblo; de toda una fase biológica, como la raza. Mientras se permanece en el sereno campo de las ideas puras, de las definiciones y de los símbolos, la vida corre por otros cauces y sus caudales se agotan en otras empresas. Por esto, los teóricos del iberoamericanismo, situados al margen de la raza, acariciaban el fantasma de una forma, el instinto popular buscaba en un concreto nacionalismo las normas del futuro.

Y cada grupo étnico se entregó durante un siglo a sus luchas intestinas o a un receloso individualismo. Permanecimos separados, más que por fronteras, por sentimientos; casi vemos que, en las mismas patrias que surgieron del genio boliviano, no permaneció el impulso del gran Hombre, y cada una se fué por caminos opuestos cuando declinó su gloriosa existencia.

Así se formaron las divisiones que subsisten. El anhelo de formar una Anficionia, semejante a la Liga Helénica o a la Sinmaquia Epartana, que se pretendió en 1826, mediante el Congreso de Panamá, no ha resurgido todavía. Lo que pueblos antiguos, y mucho más individualistas que los nuestros, realizaron, tiene para algunos valor de utopía. Y es, precisamente, porque se desconoce el fondo de la cuestión, que se la trata con tal indiferencia. Una liga de pueblos es una liga de culturas, que tiene una Intención común. Por eso la Anficionia iberoamericana robustecería, no sólo el entusiasmo colectivo, sino también la espontaneidad de las vidas regionales y de sus hermosas fisonomías. Mientras más diferentes sean los brotes que sobre el suelo de la raza germinen, mayor será su penetración y armonía: porque la cultura es una intención vital, dispuesta a recibir cuanto cae dentro de su orientación; un movimiento creador, que no se detiene en un dogma ni en una fórmula, por más perfectos que parezcan, y que tampoco se desprende del centro trófico que le dió impulso. Por esto, a pesar de las fragmentaciones, la raza subsiste en todo su vigor. Bastará intensificar las corrientes de simpatía entre sus diversas partes para que prospere el deseo de formar una sola falange humana. Y como la intención cultural perdura en su Arte, su Historia y su Ciencia, es preciso, si queremos ser fuertes para defender nuestros derechos frente a razas profundamente unidas, engrandecer la vida con el Arte y la Ciencia; hacer, como hizo la Hélade, un organismo libre, capaz de vencer los millones de esclavos del despotismo persa.

En España se inicia este acercamiento práctico. Se necesita intensificar esa noble labor. Hacer de Madrid el Delfos de todo un inmenso pueblo. No dejar que nuestras energías se pierdan bajo cielos exóticos; que es el entusiasmo y el amor que representa la gesta boliviana, quien nos abrirá las puertas de la tierra espiritual prometida. Hagamos que una ola de optimismo agite las almas, desde los Pirineos y el río Bravo del Norte hasta

la Patagonia; que, buscando las raíces, y no las formas de la vida nacional, encontraremos los veneros de nuestra propia grandeza.

Madrid, enero de 1926.

## La Universidad Central

Indudablemente, los dioses no nos son propicios; con menos medios para resolverlos, a los españoles se nos plantean más problemas, y de solución más difícil, que al resto de la humanidad civilizada.

Henos ahora frente a uno bastante arduo. La cuestión, en otro país, no ya no presentaría dificultad ninguna, sino que no sería ni tan siquiera una cuestión; el problema todos le conocen: se trata de una cantidad de 924.500 pesetas, que le llega de pronto a la Universidad de manos de un hombre extraordinario desde luego.

No bien se tuvo noticia de la donación, casi todos los cerebros españoles han comenzado a funcionar febrilmente, buscando soluciones a tan desconcertante problema. Nosotros hemos creído desde el primer momento al marqués de Valdecilla un hombre ingenuo y de buena fe, incapaz de complicar en sus decisiones intenciones humoristas, más o menos malévolas; de no ser así, supondríamos que se había propuesto con su donativo volver locos a los que ya no lo estaban, entre ellos desde luego a la Universidad en pleno; y nada más lejos de nosotros que censurar este festivo propósito; al contrario, ¡nos parece de perlas!

Menos mal que los dioses, si bien nos plantean problemas peregrinos, hemos de reconocer que lo hacen solamente por reírse un rato a nuestra costa, sin mala intención en el fondo; ¡no se ensañan con nosotros los buenos dioses!; por esto nos han dotado de la imaginación suficiente para dar a todos los problemas tantas soluciones como cerebros.

Desde la divertidísima, expuesta en *El Imparcial* sin duda por un indígena de Alcalá de Henares, de que se traslade la Universidad Central allá, hasta la esbozada por don Luis de Zulueta, inteligente, demasiado inteligente y seria, planteando el problema en un campo de visión que, si no estuviéramos en España, sería único, todas las soluciones están agotadas.

Nosotros no pretendemos haber encontrado ninguna completamente original; solamente la partidaria de ampliar el viejo caserón sucio nos ha sugerido la idea de que lo mejor sería emplear el casi millón en cuestión en derruir la Universidad, sin preocuparnos de construir otra a su imagen y semejanza, ni en el casco ni en las afueras de ninguna ciudad. Al menos gozaría la juvenud española de una reconfortante y tal vez fecunda tranquilidad durante los años que hubiera que esperar para que llegara otro donativo suficiente para construir una Universidad nueva, sin acordarse ni de la existencia —válganos el convencionalismo— de la actual.

En un país civilizado cualquiera, no puede ser problema el empleo de un millón de pesetas por una Universidad pobre, falta de medios de trabajo, de enseñanzas tan necesarias como las de las lenguas vivas, de pensiones para que los estudiantes vean lo que hay fuera de aquí, único medio de educar a la juventud para que el día de mañana no sea para ella problema alguno la inversión de ningún fondo para la intensificación de la extensión de la cultura.



## U n a   p á g i n a   d e

## R                    A                    M                    O                    N .

G Ó M E Z   D E   L A   S E R N A

Solo el lunático con su lunatismo.

Solo el popular en medio de su popularidad.

Solo el hombre del pueblo entre el pueblo.

Solo el criminal entre la justicia, que, si le descabeza, es sin trascender, no sugiere nada definitivo, ni aun con este acto cruento.

Solo el criminal, sola la justicia y solo el panorama. La promiscuidad, la intervención en la nada. Lo más que le sucedió al pobre descabezado ha sido como un accidente natural, que nada supone más que un descabezamiento.

Ni determina nada ni impone nada. Prepara un accidente sin más metafísica.

La sensación del golpe de la guillotina está exclusivamente en el cercenado... Se hace un mal tropiezo, sin principio ni fin superior. Sin ideología. Hay una testarudez perfecta en la soledad.

La cárcel es el hambre y el mal dormir, y es el linfatismo, y el piojo, y la falta de mujer; pero la idea es inasimilable.

Lo demás es una sensación de espejeo; es decir, una sensación de estar hecho por otra cosa lo que está hecho por un accidente y una suplantación. ¡F! logogrifo.

Esta soledad inestipulable llena de paz el mundo, de sarcasmo, de lesa majestad, de un solo poder y de una gran inmunidad e impunidad... Todo lo liberta, lo desocializa y lo abandona.

\* \* \*

Para amar la vida, hay que amar la muerte, poseerla, estar cerciorado... Es la única manera de no

hacer traición, de no ser hipócrita, de desear la libertad, de no ser demasiado ambicioso...

Es un deseo de avaricia, de poca simplicidad, de mal nacido, el odiar la muerte.

\* \* \*

Hay necesidad de no haber admirado nada, de ser más naturalmente, lo que se deshace, lo que se funde, lo que es y no es al mismo tiempo, lo que tiene la blandura exquisita de lo fugaz y de lo que al fin no importa nada, que lo que perdura...

Van ya locos de obsesiones, de litografías y de ambición... Todas las cosas les impresionan con hieratismo, y así, algo macabro, algo solemne, vivirá en sus veladas...

Han necesitado aquella bailarina del taparrabos de pedrería y vienen locos de mujer —han admirado aquellas bellezas de museo, y vienen locos de estatuarias y de pinturas—, y aquella gallardía de aquella espadaña y de aquel ábside, y de aquel artesonado, les han dado una locura insana, que les hará tendenciosos para toda su vida...

Todo eso ha refractado, ha *polarizado*, polarizado, polarizado su vida; les asesinó, les impuso un gesto, como Mr. Ethal a M. Phozas... Les ha estrellado, les ha desintimidado... Y sin dejar de vivir sólo en su núcleo, su núcleo se ve polarizado, perdido, en direcciones irreconocibles y sin convergencia...

Por no deshacer, por no resistir, por no guardarse, se ven deshechos.

Por angular las cosas, por complicarlas, por no hacerlas llanas y francas y desvaídas...

Cuidado con las polarizaciones... Es un modo de desangrarse y de perderse de sí mismo.



# En busca de un ideal LA RELIGION DEL PORVENIR (1)

por JOSÉ ANTONIO BALBONTÍN

(Conclusión.)

V

Recomendábamos, en el primer artículo de este modesto ensayo, a la libre juventud española, el abandono del Cristo moribundo, para buscar un nuevo ideal, vibrante de vida y esperanza. Y en otro lugar hemos dicho que el Cristo inmolado por el Amor representa, para nosotros, uno de los símbolos más luminosos de la Historia.

Es indudable que el sentimiento de la Fraternidad universal —alma y vida del Cristo— constituye un elemento eterno de la Cultura humana, que ningún hombre puede reputar desdeñable, desde la muerte de Jesús, si quiere vivir para el espíritu.

Pero hay dos motivos principales —uno metafísico y otro social— que nos separan profundamente de Jesús. Discrepamos, ante todo, de aquella cándida confianza del Cristo en la omnipotencia providente del Padre Celestial, para llevar a cabo la regeneración moral de los hombres. Hallamos absolutamente impensable que un Dios Perfecto —tal como le imaginara Jesús— pueda coexistir a la vera de un mundo que clama por una reforma radical. Si hubiese un Dios Perfecto, nos parece evidente que el Universo creado por El no tendría una sola mácula necesitada de reforma.

Hemos renunciado, pues —dolorosamente, querido Unamuno, con todo el dolor de nuestro corazón, porque bien quisiéramos que hubiese Dios, pero no podemos fingirle—, hemos renunciado, en absoluto, a la ayuda del Poder Divino, sin perjuicio de utilizar, humanamente, todos los poderes supraterráneos que el Progreso vaya poniendo en nuestras manos. Hemos decidido reformar el mundo por nuestro propio esfuerzo, por el milagro de nuestra comprensión y de nuestro heroísmo, por la sublimación ideal de nuestra esencia... Hemos resuelto divinizar la vida, haciéndonos dioses nosotros... Este es el motivo metafísico de nuestro apartamiento del Cristo.

Veamos el motivo social. Cristo anhelaba, sin duda —como ya hemos notado—, el triunfo de la Igualdad entre los hombres. Y sabía perfectamente que esto no podía lograrse —piense lo que quiera Tolstoy— sin una conmoción violenta que él buscaba, extraviadamente, por los caminos sobrenaturales.

Pero es el caso que —por una falaz superchería de la casta farisaica, dueña absoluta, en este instante, del Capital y de la vida, en la mayor parte del mundo— la figura del Cristo se ha convertido, ante la pública opinión, en el prototipo decadente de la mansedumbre ilimitada, de la sumisión inalterable, de la “incapacidad para la resistencia”, esa virtud de eunucos que tanto indignaba a Nietzsche, con fundamento, aunque no lo tuviese para reprochársela a Jesús. La imagen del Cristo moribundo es hoy —repito— simplemente, lamentablemente, el símbolo oficial del más repugnante “conformismo”. Y este es el motivo social de nuestro alejamiento del Cristo.

Inflamados de un ideal íntimamente parecido al de Jesús —al del hombre Jesús—, nos vemos precisados, por

un principio de claridad mental y de honradez activa, a separar su nombre equívoco de nuestro lema de combate.

\* \* \*

Preferimos el símbolo viviente de Don Quijote de la Mancha. La casta opresora que ha desfigurado a Jesús, no ha podido aún corromper la significación de Don Quijote, que resplandece, inconfundible, a los ojos de la conciencia popular, como el símbolo eterno de la Justicia libre y combatiente.

Una lanza indómita, puesta al servicio de la Justicia popular: he aquí a Don Quijote de la Mancha. Inútil sería enmascararle, como ya lo ha intentado Maeztu, queriendo convertirle en un santón imperialista, capaz de ayudarnos a imponer nuestro yugo a otros pueblos más niños. Vana y absurda estratagema. No podrán pervertir a Don Quijote, ni entibiar nuestra adoración por su figura. Le vimos siempre, inmaculado, blandir el arma justiciera en favor de los débiles oprimidos, y frente a los desmanes de los poderosos. Y esta es también nuestra quimera mística: pelear a lanzadas contra la injusticia imperante, y en apoyo de las más puras ansias del alma popular. ¡Sea nuestro Profeta Don Quijote!

Y al buscar un pueblo ejemplar que pueda servir de norma al nuestro, adoptemos la tutela histórica del pueblo que más ardientemente siga la ruta del Quijote, del pueblo que ponga, por encima de todos los demás intereses, la sagrada pasión de la Justicia. Si este pueblo se llama Rusia —aunque allí no funcionen los ferrocarriles, en el momento actual, con la puntualidad de Norteamérica, según la argucia de Maeztu—, hagamos de Rusia, fervorosamente, nuestra Meca ideal. Un pueblo hambriento de Justicia vale infinitamente más —para nosotros, como para el gran corazón de Dostoievski— que todos los abalorios del Capitalismo.

\* \* \*

Amigos: tengo la firme convicción de que el Socialismo —entendido a la manera romántica de Rusia— está llamado a ser la religión del porvenir, el Ideal capaz de unir a todos los hombres de la tierra, sin distinción de razas ni de idiomas.

Mientras los teósofos desocupados andan buscando un nuevo Mesías, joven y elegante, como quien busca un bailarín de moda, el Pueblo está fraguando la Religión de nuestro tiempo, con la virtud austera de su sangre. El Socialismo es hoy —no obstante su ateísmo dogmático— la única religión viva y eficaz, suscitadora del sacrificio heroico con miras universales. Todas las demás confesiones se nos presentan, actualmente, como un simple juego de retórica. Sólo la Religión del Socialismo puede elevarnos aún el alma.

Si la Religión socialista prendiese en España algún día —como tal religión heroica y exaltada—, España podría salvarse de la muerte histórica. El triunfo del Socialismo reportaría a España —aparte de la gloria mística— una imponderable ventaja práctica que aquí sólo puede insinuar: la unión con Africa y la independencia ante Europa. ¿No es éste —como intuyera Ganivet, y a

(1) Véanse los números 4, 5, 6 y 7 de EL ESTUDIANTE.



pesar de las prédicas europeizantes de aquel gran africano que se llamó don Joaquín Costa—, no es éste, sin disputa, a los ojos de todo espíritu avisado, el único camino de salvación para nuestro pueblo?

Europa nos oprime, en este momento, lejos de amparar nuestro desarrollo. La civilización europea —por otra parte— no podrá ser nunca para nosotros, africanos, un Ideal absoluto, sino simplemente un instrumento. Nuestra misión histórica, a la cabeza de Africa —como la de Rusia al frente de Asia—, consiste esencialmente en “comernos la civilización europea”, según la frase gráfica de Unamuno, para aplicar la fuerza nutritiva de ese grato manjar a la plena realización de nuestros sueños místicos. Esto no podremos efectuarlo sino bajo el impulso redentor de la Religión socialista.

La imposibilidad en que me encuentro —por circunstancias que el lector conoce— de razonar con amplitud mi tesis, me obliga a formularla escuetamente, con esa impaciencia alucinada de todas las claras intuiciones. No quiero callar, sin embargo, mi esperanza íntima de que el pueblo español se abraza en un futuro próximo a la Religión socialista, con ese certero instinto que tienen siempre, en los momentos críticos, los pueblos que no han perdido enteramente la apetencia vital.

Todo depende, en este instante, de que la nueva juventud española emprenda bravamente —como lo hará, sin vacilar— la ruta luminosa que le marca el Destino.

\* \* \*

Ya sé que no todos los jóvenes españoles —ni siquiera un sector considerable— comparten en esta hora mis creencias. Pero yo tengo la esperanza de que todas las almas generosas de la nueva generación terminarán por adoptar una posición mental semejante a la mía.

Convencido por Kant de que la comprensión de ciertas verdades morales exige, de antemano, la dignidad ética del sujeto pensante, me libraré muy bien —compañeros y amigos— de abrumaros, para lograr vuestra adhesión, con importunas argumentaciones sobre los fundamentos teóricos del marxismo. Quiero limitarme a ofreceros —y a imponerme a mí mismo— la norma de conducta que estimo más propicia para facilitar la percepción de la verdad social en este instante.

Camaradas: ¡Mantengámonos independientes! ¡No vendamos el alma al Capital por todos los tesoros del mundo! ¡No sirvamos al Estado oficial, aunque hubiésemos de vivir con pobreza! ¡Conservemos hasta la muerte, por encima de todo, el goce sublime de la libertad interior!

Yo tengo la certeza de que, si así lo hacemos, la Religión del porvenir se nos revelará con toda su pureza. Y entonces sentiremos, por intuición directa, que hay en la vida algo más bello, y más apetecible, que el simple bienestar material; que hay en el alma luminarias de gloria dignos del sacrificio de la carne; que hay en la Idea todavía, pese a la muerte de los dioses, destellos de valor divino.

¡Alcemos el corazón a la esperanza! Si la llama del Ideal prende en nosotros —como todo parece anunciarlo— y sabemos con ella iluminar el porvenir de España, podremos ver aún a este desventurado pueblo nuestro —que muchos juzgan fenecido— dejar la charca en que se pudre, para volar a la conquista de un nuevo Sol, más glorioso y más puro que aquel otro de antaño que se murió del peso de sus lacras.

JOSÉ ANTONIO BALBONTÍN.

Madrid, 1926.

## Bonilla San Martín ha muerto

Al cerrar la edición de este número, llega a nosotros la noticia del fallecimiento de don Adolfo Bonilla San Martín, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad Central.

Después de rendir el homenaje de nuestro respeto ante el cadáver del sabio, queremos esbozar algunas breves consideraciones valorativas en torno a la semblanza del maestro y del hombre.

Bonilla San Martín era, sin duda, un admirable obrero intelectual. Discípulo dilecto de Menéndez y Pelayo, hombre de fina inteligencia y de abundante erudición, había logrado —aparte de los numerosos títulos oficiales que no nos interesan— llevar a cabo un vigoroso esfuerzo de alumbramiento y clarificación de las fuentes tradicionales de nuestra cultura.

Lo mismo en el campo filosófico, con su documentada “Historia de la Filosofía española” y su magnífica monografía sobre “Luis Vives y la filosofía del Renacimiento”, que en el campo jurídico (“Concepto y teoría del Derecho”, “Códigos de comercio españoles y extranjeros”, en colaboración con los señores Miñana y Alvarez del Manzano; “Fuero de Usagre”, en colaboración con don Rafael Ureña, etc.), que en el campo de la crítica literaria (ediciones comentadas de los “Libros de Caballería” en la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, “Diablo Cojuelo”, de Vélez de Guevara; “Historia de la Literatura española”, de Kelly, traducida y aumentada, etc., etc.), Bonilla San Martín fué siempre el incansable perseguidor del dato preciso, de la idea fecunda, del recuerdo histórico, sugeridor y emocionante, repujado todo ello por una noble devoción españolista, digna de mejor encauzamiento.

Porque es el caso —y llegamos con esto al punto esencial de nuestra glosa— que el bueno de Bonilla San Martín, pese a su vena españolista, se dejó influir tan deplorablemente, de un lado, por la “cobardía espiritual” —que ha dicho Unamuno— de Menéndez y Pelayo, de otra parte, por la piedad schopenhaueriana, en la peor de sus interpretaciones, y, en fin, por el hechizo hipnotizador de la renunciación budhista a todos los deseos vitales; que en la última época de su vida le vimos propicio a tolerar, y aun a “justificar” filosóficamente, las más graves y vergonzosas ignominias de la realidad circundante.

Este es el mal recuerdo que nos deja Bonilla de su paso por la ciénaga de nuestra vida universitaria. Necesitados, como estamos, los jóvenes españoles de Maestros en el sentido clásico, que sean, ante todo, educadores del carácter, juzgamos que mentores de la índole de Bonilla no pueden por menos de ejercer una influencia perniciosa en lo que se refiere a la futura redención de nuestro pueblo, finalidad suprema de nuestros más vivos impulsos y de nuestros mejores pensamientos.

Ante la tumba de Bonilla San Martín decimos, en resumen: descansen en paz el sabio, con todos los honores que le son debidos; pero que los nuevos guías de la juventud española se esfuercen por superar al hombre y al maestro.

**Nos es imposible dar la acostumbrada colaboración de D. Ramón del Valle-Inclán. En el próximo número seguiremos publicando *Tirano Banderas*.**



# U N T I R O D E S A L

## Cuento histórico

por C. RIVAS CHERIF

Es verdad que aquel día el teniente Judex bebió más de la cuenta.

Y a fe que la cuenta daba de sí. Sólo en el bar del Círculo le tenían fiado ya por valor de no sé cuántas pagas. Menos mal que con el *poker* del cuarto de banderas y el *monte* del Casino podía ir trampeando, con ayuda de las buenas rachas. Con eso mataba, de añadidura, el aburrimiento de aquella desolada guarnición colonial del Imperio del Sol Poniente, de tan dilatados límites en el mapa moral del mundo.

Por cuanto, la noche antes le habían *pelado* el último céntimo y no le quedaba otro recurso para divertirse que el *elixir*. Mandó por una *novia* y, cuando el asistente le trajo la botella, se dejó caer en una mecedora, ante un velador, con el whisky y una copa, en el terradillo del fortín, cara al mar.

El teniente Judex era la gloria del invicto regimiento a que pertenecía. Especie de hércules de circo, gran esgrimidor y tirador a pistola, un centauro a caballo, motociclista intrépido, chófer, remero, boxeador cuando se terciaba, campeón en diversos certámenes, si aún suponíasele no más el valor, culpa era de la suerte, y de las recomendaciones que por parte de madre le guardaban las espaldas, el que hasta la fecha no se le cumpliera demostrar su arrojo frente al enemigo. Condiciones guerreras, probadas las tenía en dos o tres motines callejeros, únicas acciones a que había asistido desde su salida del Colegio militar.

Alardeaba de buen diente en proporciones pantagruélicas, y en punto a lances amorosos ronca estaba la trompeta de la fama de tanto pregonar sus conquistas. Con las mujeres gozaba de extraño prestigio. Porque más que rendírseles amoroso, o cortejarlas tierno, se complacía en darles sádico tormento. Sus aventuras galanas corrían en lenguas, aureoladas de cierta admiración monstruosa. El teniente Judex era un salvaje.

Además, aquel día estaba borracho.

Sentado frente al mar azul, miraba inconsciente el rauda vaivén de las gaviotas, que alocadas subían y bajaban por incorpórea montaña rusa, tendida en fantásticos giros de las nubes a las olas. La caligine de la tarde, templada de brisas marinas, tomábale el ánimo en lánguido sopor. De pronto, los blancos pájaros dieron en perseguir a un ave negra que, majestuosa, se cernía a gran altura.

El teniente pidió sus gemelos de campaña para ver el avión. Era un aeroplano aliado, en servicio de protección a un convoy. Uno tras otro, arrimados a la costa, asomaron por la punta del cabo, que cierra la bahía, cinco vapores, pintarrajeados de colorines que deformando, desvaneciendo en la distancia su contorno, engañaban la vista.

—¡Lástima de submarino! —pensó el teniente, que no disimulaba sus sentimientos.

—¡Yo soy más bárbaro que Dios! —solía decir con desgaire matón en las discusiones de las tertulias.

Pero los barcos siguieron su camino proceloso, sin que la Providencia a que retaba tuviera a bien proporcionarle la ruda emoción de tal combate aéreo-marítimo. Continuó oteando el horizonte por distraer el tedio, y apenas si vislumbró tal cual fantasmagórico velero, navegando por el cielo, inundado de mar en el curso horizonte.

Las risotadas de los soldados que jugaban ociosos en la playa atrajeron su atención. Dirigió sus gemelos al grupo y luego echó de ver el motivo de tanto alborozo. Estaban saltando *al paso*. Uno por uno sacudían, al saltar, el correspondiente lique en las nalgas *del que se quedaba*. Resentíase éste, tambaleándose a cada envite, y de vez en cuando se incorporaba, llevándose una mano a la parte dolorida. Hasta que uno de los saltadores, tan de lleno le dió en la mismísima rabadilla, que le tiró de brues al suelo, de donde se alzó, sangrando por las narices.

Judex entonces le reconoció: *El Artista*. Siempre le acarrearía la broma alguna agarrada con el coronel. Llamó al sargento y le arrestó, por consentir que se atropellara *al señorito*.

El sargento se atrevió a insinuar una disculpa. Al teniente le picó la curiosidad y le ordenó que hablara.

¡Buen par de pejes estaban *el Artista* y el otro! Porque eran dos. *El Artista* y *el Morenito*, el corneta indígena. Los habían cogidos juntos de una conformidad que ¡vaya, majarlos era poco! En cueros vivos había salido corriendo *el Morenito*, hasta tirarse de cabeza a la mar, por huir de los que a la zaga le iban. Después de todo, *el Artista* merecido se tenía lo suyo.

Judex volvió a empuñar los gemelos y vió, a un extremo de la playa, unos cuantos soldados, esperando a pie quieto la salida del bañista, que, por descansar de su esfuerzo natatorio, *hacía el muerto* sobre las olas. Llenó la copa con el whisky que quedaba en la botella y se echó al colete el último trago.

Luego mandó que llevaran a su presencia al *Artista* y al *Morenito*. *El Artista* explicó el caso, acercándose de cuando en cuando, según hablaba, el pañuelo a las narices, que aún goteaban fresca sangre. Aquellos brutos le habían sorprendido tomando un apunte del corneta, a tiempo que se bañaba en la Hoya del Cámbaro. A requerimiento del teniente, *el Artista* sacóse del pecho, donde escondido lo tenía, el dibujo en cuestión. Con el arrecife por pedestal, lamiéndole los pies las ondas, erguía *el Morenito* su silueta de efebo negro.

El sargento, el cabo y el asistente no podían más de la risa.

—¡Habría sinvergüenzas! ¡Por algo al indígena se le había quedado aquella vocecilla de cuando cantaba en el Convento de los Misioneros antes de sentar plaza! ¿Eso era lo que los frailes enseñaban?

El negro, fijos los ojos en un hormiguero que por el suelo se arrastraba afanoso, sujetábase los calzones, sin abrochar aún después del remojo. *El Artista* protestaba. ¡A ver si su teniente se iba a creer otra cosa!

Judex sintióse acometido de una inspiración perversa. Haría un escarmiento divertido.

—¡Bájale a ese los pantalones!

*El Morenito*, con súplicas y lloros, se defendía del asistente, que ya se apresuraba a cumplir la orden de su amo.

—¡Y vosotros, hala, a cargarme en seguida un tiritito de sal!

*El Artista* balbucía excusas ininteligibles.

—¡Ea, a callar! ¡Mira que hago que te rasques tú también...!

El cabo y el sargento volvieron con la escopeta cargada, y como descubrieran su temor de que pudiera la burla



tener mal fin, el teniente los amenazó con el calabozo si replicaban.

—Pónmelo contra la pared.

El asistente, regocijadísimo, colocó al indígena cara a la muralla del fortín.

—¡Anda, barbián, a ver cómo me lo pintas!

*El Artista* se resistía a empuñar el arma.

—Pero mi teniente...

Judex le obligó con la morada. *El Artista* disparó, estremecido.

Nada. Apenas una rozadura. Habían fallado los aspavientos del mozo, con que el teniente se prometía tanta risa.

—¡Trae acá, don Melindres!

De un empujón apartó al señorito y cargó por sí mismo la escopeta.

—¡A diez pasos y avanzando! ¡Un, dos, un, dos!

Llegó con incoherente marcialidad infantil hasta el reo. Apoyó el cañón en aquella temblorosa desnudez, que el aroma salitroso del mar purificaba. Y *el Morenito*, pegándose un momento a la tapia, se derrumbó luego, despanzurrado en un charco de sangre.

El cabo, el sargento, el asistente, echaron a correr. *El Artista*, llevándose las manos a los ojos, aún murmuró:

—Mi teniente... mi teniente...

Judex, tirando la escopeta, se tumbó en la mecedora.

—¡Yo soy más bárbaro que Dios!

Y como estaba borracho, se quedó dormido.

## ESTAMPAS

por

DESIDERIO GONZALEZ

La esquina, se cuelga  
la pipa del farol,  
que chupa el viento.  
Pegado al suelo,  
se sienta el guardacantón,  
evacuatorio de perros,  
donde, los pobres  
toman el sol...

(Angulos.)

\* \* \*

Cuchitril, con zapatero,  
martillo y suela

—gong con sordina—.

Temblando y asmática,  
asoma una canción anciana,  
que se cristaliza de frío.

La púa, a cada golpe,  
se arroja hasta la cabeza  
con el cuero.

En abierto cuerno  
hace bullones el almidón,  
que se despeina  
con bandolina.

Y masca la tijera  
el tieso cartón,  
que entra en su ataúd.

Curvo y obscuro

—cuchitril—, con zapatero,  
martillo y suela...

(Remendones.)

\* \* \*

Está fumando el Sol,  
y se tapa con nubes  
de humo.

La sierra  
tiene nieblas de pinos.

En el cono de la loma  
se entierra la hita,  
que asoma la pelada  
cabeza de cadáver...

(Momento.)

\* \* \*

Tierra, mar y cielo  
—canta mi hermano  
el Poeta—.

El humo  
se pone los zancos  
de las chimeneas  
y quiere ser nube.

La estrella  
es flor de lis.

La lluvia grande  
se junta en pequeños  
mares...

Tierra, mar y cielo  
—canta mi hermano  
el Poeta...

(Trilogías.)

\* \* \*

Como una taza,  
de tibia malva,  
bebe la olivera  
luz de luna.

Que, a la mañana,  
el volcán del rocío  
pondrá chispas  
de plata.

La olivera se tuerce,  
esperando, con ansia,  
azúcar de rocío  
y luz de luna  
como tibia malva.

(Ansias.)

\* \* \*

Al columpio del mar  
se sienta el barco,  
y la luna se para.

Está cautiva,  
entre cristales rojos,  
la perilla del palo  
de mesana.

Al columpio del mar  
se sienta el barco,  
y hace roncar los cabos  
que lo traban.

(Puerto.)

\* \* \*



El árbol, mareado,  
no ve en sus arcadas  
de angustia  
que se van las hojas.

Las ramas  
se quedan sin fleco;  
el viento  
va y viene,  
con alaridos  
de jazz-band.

(Huracán.)

Murcia, enero 1926.

## MUERTE REPENTINA

por

RICARDO BAROJA

(Conclusión)

—¡Ese condenado Juez, no viene!  
—¡Qué va a venir con el calor que hace!  
—Tendrá que dormir la siesta después de comer.  
—Es que no hay prisa, porque no se trata de una muerte violenta.  
—¡Es claro! Aquí no hay que perseguir a ningún criminal.  
—Ya ven ustedes; el otro día se metió uno dos tiros debajo de la barba, en la Moncloa, serían las tres y media de la tarde; pues a las cuatro, ya estaba el Juez tomando declaración hasta a los árboles del paseo.  
—Eso sería una casualidad. Todos esos jueces y alguaciles son unos gángueros.  
—¡Natural! ¡Menuda barbaridad es tener a un cadáver todo este tiempo ahí, con el calor que hace! Se va a armar una corrupción que vamos a tener que salir de aquí a escape.  
—No tanto. Si hubiera estado enfermo mucho tiempo, bueno; pero tal y como ha ocurrido, no hay miedo.  
—Pues yo lo que digo es que, tenerle ahí, no puede ser sano.

—Hombre, como sano...  
—¿Y tendrán que hacerle la autopsia?  
—Eso, en el depósito.  
—Me gustaría verlo.  
—Pues es una porquería.  
—Por curiosidad. Así se sabrá de qué ha muerto.  
—A lo mejor no se sabe nada.  
—Si fuera así, no harían la autopsia.  
—¿Y usted cree que la hacen?  
—¡Claro que sí!  
—Pues está usted atrasado de noticias.  
—El que está atrasado es usted.  
—¡Pero, hombre! ¿Me va usted a decírmelo a mí, que soy amigo de un hermano del conserje de depósito? Allí, todo se reduce a hacer el paripé del reconocimiento para llenar el expediente, y se acabó.  
—Hombre, ya me va usted cargando con tanto hablar. Como si aquí fuéramos todos unos pipis. Yo le digo a usted que tienen que hacer la autopsia, y ver los sesos y la asadura y todo, y dar parte a la Justicia, para que no quede la sospecha de que haya sido un crimen... y vamos, que para discutir se necesita estar mejor enterado...

—¡Bueno, señor Andrés; no es para tanto!  
—Es que me da rabia que vengan presumiendo de enterados los que no saben un pimiento de nada.

—.....

—Con el señor Andrés no se puede hablar. ¡Vaya genio!

—Es que como era amigo del difunto, que en paz descanse...

—¿Se encurdaban juntos?

—Le diré. Al pobre ajustador le gustaba el morapio; pero el señor Andrés, donde esté el Cazalla...

—Pues ahí tiene usted lo que son las cosas y para que se fíe uno. Dicen que el vino es sano. Pues al bebedor de vino le tiene usted de cuerpo presente ahí arriba. En cambio, el señor Andrés, lo ve usted tan campante y más broquista que nunca. ¡Y que acaba de amontonarse con la hermana de su cuñado! ¡Una chavala que da el opio!

—Si es una zarrapastrosa más tirada que una alpargata.

—¡Qué más quisieras tú!

—¡Bueno!

—Lo que oyes.

—Mira: tú y ella, a mí...

—¿Qué?

—Que podéis iros al guano.

... ..  
—Y diga usted, joven. ¿A usted que la gustaría más, un marido viejo o uno joven?

—Si era como usted el joven, prefiero a Matusalén.

—¡Parece mentira que siendo tan bonita tenga usted tan mal genio!

—Tengo el genio que me da la gana.

—¿Es que la he faltado?

—Sobrado, *quedrá* usted decir.

—Pero... mujer.

—¡Oye, Teres! Vámonos, que ya habrá venido padre.

—Espérate un poco... que no es la una.

—Y diga usted...

—No me da la gana de decir nada.

—¡Arisca!

—¡Pelmazo!

RICARDO BAROJA.

## Una obra nueva de Unamuno

Francisco de Miomandre ha traducido al francés, y coleccionado en un volumen, titulado "Verdades arbitrarias", algunos de los más notables artículos políticos de don Miguel Unamuno.

"El Liberal", de Bilbao, nos da cuenta del entusiasmo con que en Francia ha sido recibida la nueva obra:

"Con sus deberes de patriotismo cumplen los profesores de todas las Universidades de la tierra, saliendo de sus aulas a tomar un puesto de combate en la política de su país. Es una función tan estimable y estimada como la de la cátedra. Tanto como a sus obras filosóficas y literarias, se está concediendo atención fuera de España a los artículos políticos de don Miguel Unamuno.

Esta labor del insigne catedrático de Salamanca suscita comentarios de admiración en las revistas más distinguidas de Francia. A Unamuno, como es natural, se le clasifica allí, considerándolo como la flor de un liberalismo que está llamado a dar espléndidos días de gloria y de energía a su Patria.

CASA ESPECIAL EN ARTÍCULOS PARA REGALO  
VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.



El aspecto trágico y humorístico de la literatura política de Unamuno, deja de confundirse en Francia con el pesimismo. Pesimistas son nuestros antidiluvianos reaccionarios, que no creen en el desenvolvimiento del progreso y aman como la mejor a la política del hombre de las cavernas. Revistas hay que al comentario de los artículos de Unamuno titula: "El liberalismo más optimista de España". Y copia aquellas palabras de Unamuno, que dicen:

"Tengo la profunda convicción de que la europeización verdadera e íntima de España; es decir, nuestra digestión de aquella parte del espíritu europeo que puede convertirse en nuestro espíritu, no comenzará sino cuando hayamos intentado imponernos al orden espiritual de Europa, de hacerle valor lo que es nuestro, a cambio de lo que es suyo, cuando hayamos intentado españolizar a Europa."

No hay que decir cuánto nos satisface este elogio de optimismo a la flor intelectual del liberalismo español, porque amando como amamos a nuestra Patria, nos afianza en la seguridad de que exponiendo la realidad, por repugnante que sea, y manteniéndonos impertérritos liberales, ganamos una civilización superior y las simpatías extranjeras para España.

## Las Escuelas de Ingenieros

Entre los elementos más faltos de vitalidad en nuestra organización docente figuran, sin duda alguna, las Escuelas de Ingenieros, caracterizadas por una constante indiferencia hacia toda tendencia científica o cultural, y por un aislamiento casi perfecto de los demás centros de enseñanza, aislamiento que subsiste, tal vez aumentado, en sus relaciones mutuas.

Las Escuelas de Ingenieros son islotes inhospitales e incommunicados, en los que se han refugiado, amparándose en reglamentos y disposiciones anticuados, unos cuantos funcionarios del Estado, que tratan de convencerse, y de convencernos, de que realizan una labor pedagógica y científica, cuando en realidad lo único que hacen es contribuir a la conservación de formulismos sin base ni realidad alguna. El acceso de estudiantes a estos islotes está dificultado por unos desagradables exámenes de ingreso, que no ejercen mayor influencia sobre la formación intelectual del individuo, que la que pueden ejercer un paseo por la cuerda floja o un doble salto mortal. De esta dificultad de ingreso, dificultad que, como decimos, podría ser substituída, sin grandes inconvenientes, por un ejercicio acrobático, derivan los defensores de la actual situación de las Escuelas una falsa aureola de seriedad y prestigio científico, que acaso pueda engañar al profano, pero que es incapaz de resistir una crítica algo profunda.

La rigidez de reglamentos y programas, que impide cualquier intento de adaptación de la labor del alumno a sus propias facultades, el tono dogmático de los profesores, la ausencia total de labor de investigación, son pruebas fehacientes de lo que vamos diciendo, al mismo tiempo que triste síntoma de la postración espiritual de las clases que mayor cultura debían poseer.

Nuestras Escuelas de Ingenieros creen cumplida su

misión con explicar unos programas faltos de sinceridad y mal copiados, en gran parte, de escuelas extranjeras, sin considerar las peculiares características de nuestro país. La organización de cursos de especialización y ampliación y la labor de investigación no merecen por parte de ellas atención alguna. En sus laboratorios, más que escasos mal utilizados, cuando se hace algo, este algo se reduce a reproducir experimentos clásicos, a comprobar malamente fenómenos perfectamente conocidos y descritos en *el libro*, o sea, en resumen, lo que se debía hacer en los gabinetes de física y química de un Instituto de segunda enseñanza medianamente dotado. En sus aulas no se oye más voz que la de los profesores oficiales a las horas indicadas en el horario; las conferencias por personas extrañas a las que regentan la casa, son escasísimas, cual si se temiera su competencia; y los cursillos por especialistas, nacionales o extranjeros, son totalmente desconocidos.

Hace ya años que las Escuelas de Ingenieros están faltas de vida, y las consecuencias de ello se manifiestan en múltiples formas, entre las que sobresale con formidable significación el espantoso vegetar del Instituto de Ingenieros Civiles, agrupación integrada por colectividades de individuos cuya profesión debe suponer estudio y actividad permanentes, y que, sin embargo, es seguramente la agrupación profesional española que menor actividad desarrolla, no siendo suficiente para estimularla el fuerte contraste con la labor de los auxiliares de la ingeniería, mucho más modestos y con espíritu colectivo muy superior.

En todos los órdenes los males de la enseñanza son graves, pero probablemente en ninguno son de consecuencias tan inmediatas y definidas como en la ingeniería. Los ingenieros son los que, en definitiva, realizan la vida material de un país, o al menos ésta debía ser su misión. Si no consiguen en la Escuela la preparación precisa para desempeñar conscientemente esta misión con las mínimas pérdidas posibles de capital, trabajo y tiempo, mientras aprenden en la lucha diaria a vencer dificultades, de las que nadie les habló en momento oportuno, se derrochará esterilmente capital, se empleará inútilmente trabajo y se perderá estúpidamente tiempo, en daño de la economía del país y con el consiguiente e inevitable retraso de su progreso moral.

Los alumnos de las Escuelas de Ingenieros que, al atreverse a luchar contra la inútil severidad de sus Escuelas, han demostrado que no temen al trabajo, tienen ante el país, y ante sí mismos, el ineludible deber de reflexionar sobre el empleo de sus energías y luchar sin descanso para evitar que éstas, mal manejadas por una organización incapaz, puedan ser empleadas en convertirlos en seres poco útiles a la Humanidad, que para poder malvivir, sin ideas y sin ideales, necesitan atrincherarse en algún escalafón, después de alistarse en el ejército de burócratas.

La misión de ingeniero, llena de vida, es una de las más bellas que se ofrecen al hombre de nuestros tiempos. Capacitarse para desempeñarla plenamente y con clara conciencia de ella, debe ser la constante preocupación del estudiante de ingeniería, cuya íntima compenetración con el nuevo movimiento de la juventud española deseamos intensa y cordialmente.

LOS MEJORES ARTÍCULOS PARA DIBUJO

VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.



## "LA OTRA AMERICA"

Para ver en las cosas idealidad, finura, delicadeza, conviene contemplarlas desde una distancia oportuna, prudencial. Muy de cerca, advertimos la retícula; muy de lejos, la línea de las cosas se pierde y la figura, a nuestro pesar, naufraga en el horizonte. Acaso consista en aquella necesidad de lejanía el encanto inefable del pasado. Recogemos de éste lo ideal, la silueta deliciosa y poética, sin aristas, dulce, y conseguimos contemplarlo en su más pura esencia, como algo que no pudo tener nunca la agresividad enconada del presente. Lo mismo ocurre, también, con las ciudades. De lejos cobran éstas sus verdaderos valores, que así emergen en el recuerdo, dejando en el fondo, anulados, cuantos motivos pudieran sernos desagradables. La línea pura y original, hondamente poética, se hace siempre de lejanía, en tiempo o espacio. Y he aquí que quien dice una ciudad, puede referirse a una nación, y quien a una nación, a un continente; y quien alude al paisaje puramente externo, mensurable, de este continente, puede referirse también al paisaje íntimo, espiritual, inefable, del mismo.

Sólo en este aspecto podemos contemplar la última obra de Armando Donoso, obra que viene hacia nosotros, los españoles, mostrando lo más esencial de una zona de Hispanoamérica. Se trata de un libro de crítica. Díez-Canedo ha visto en la aparición del humorista y el crítico en América un fenómeno revelador, sólo posible cuando nuestra actitud ante las cosas la es de dominio, contemplando. "Cuando una literatura inventa —es decir, en el sentido etimológico—, halla el humorismo, se provee de un aparato mental análogo; entra, por lo tanto, en una etapa importantísima de su desarrollo". Y más adelante sigue afirmando Díez-Canedo, en su prólogo: "Este mismo libro es otro síntoma de esa nueva etapa de las letras de América, que ha visto arraigar el humorismo". Ciertamente, la obra del crítico chileno puede suscitar por sí misma aquella última afirmación. Armando Donoso, a quien conocimos un día en Dostiewski, en Renán, en Galdós, sabe hacer ese recorrido circular, amoroso, que exige el arte alrededor de su mundo. Sólo efectuando este periplo, puede decirse descubridor el crítico, y puede llevar a su tarea el afán de conquista y la inquietud amante del investigador, sazónada, en este caso, por el placer de construir sobre la marcha.

La otra América es... la otra América, tramada con líneas puras e ideales, pero de autenticidad exacta. "Ecos de esa América nueva, que se refugia en un silencio melodioso o bajo las sollicitaciones de las banderas libres." "Aspiración cultural que, si carece aún de originalidad, en cambio da la medida de un intenso rumor de colmena, sobre la cual preside la vida del espíritu." Así afirma Donoso. Se comprende el noble impulso con que trabaja en el descubrimiento y presentación de los verdaderos valores de su país. Ello es un obsequio y el mejor elogio que puede hacerse de América, y —además— una necesidad. Una necesidad en América, y una necesidad, asimismo, en España. En España. La mitad del mal que nos entristece en esta época proviene de una falta de "reconocimiento", que hace a mucha gente, por irrespetuosidad hacia lo óptimo, tan incapaz para la sencillez como para la rebeldía. No hay modo de incorporar un país al curso normal de la civilización cuando en él existe una tergiversación absurda. Ya sabemos que ello es tan español como la Compañía de Jesús, y tan funesto como ésta. Pero es labor de crítica, precisamente, quien podrá limpiar y purificar

el ambiente para que exista, al fin, diaphanidad y pulcritud en España.

La obra de Donoso tiene la virtud de mostrar las figuras más extraordinarias de un sector de América. Aparte el sentido crítico, particular y general, que conduce a Donoso a examinar escrupulosamente lo más sobresaliente de su país ("Arturo Cancela o el Humorismo, Gabriela Mistral o la Poesía, Pedro Henríquez Ureña o la Crítica, Rafael Barrett o la América asimiladora, Prado-Castro o la Superchería literaria (otra forma del humorismo), Eduardo Barrios o la Novela..."), aparte el sentido crítico, hoy nos interesa considerar, como lo más esencial de la obra de Armando Donoso, el espíritu generoso, amante, que anima a aquélla. Es —dentro de la labor crítica— una visión esencial de América, en la cual percibimos, a través de una prosa persuasiva, pero firme, una sencilla y compleja realidad —la más estimable.

E. S. Y CH.

## Una réplica Más sobre los estudiantes y la política

por JUAN DE ANTEQUERA  
(Estudiante de Medicina)

El artículo de fondo del núm. 7 de este periódico joven, titulado "Los estudiantes y la política", trata a los estudiantes demasiado benévolamente, dado el grave error de la abstención estudiantil en la política, que hace notar, y que es tan real, desdichadamente.

Al estudiante español no le interesa la política. Prefiere estudiar —en pocos casos— o hacer de vago, flamenco y cabaratero —en muchísimos más.

Salvo honrosas, pero contadísimas excepciones —un nucleolo pensante en cada Facultad—, el estudiante, en general, es bastante inculto, y, además, egoísta. Y, además, torpe.

Me explicaré: Cuanto más inculto es un sujeto, tanto más limitado es su medio ambiente, desde el punto de vista personal. A un campesino andaluz, por ejemplo, le dicen ustedes que existe el Japón, y para él se trata de algo raro y pintoresco, que podrá existir, pero que a él no le importa. Algo de esto acontece al estudiante con los problemas políticos y sociales. El obrero, por ejemplo, es para él lo que el japonés para el *caletó* de marras. Y si le hablan ustedes del estudiante ruso, que hizo con sangre su política, se encogerá de hombros como ante algo desequilibrado y absurdo, por lejano, más propio para visto una tarde en la Comedia, que para ser tomado como ejemplo.

Y aquí viene lo del egoísmo, que, más que así, debe llamarse *orientación unilateral y utilitaria del esfuerzo*. Al estudiante, si es estudioso, le interesa exclusivamente su carrera, base de su medro futuro, base, en muchos casos, de un ventajoso casamiento, etc.; ¿está claro? Y esto, que podrá parecer exagerado, es tan cierto como lamentable por su egoísmo repulsivo. El tipo zoológico de *estudiante detestable esencial* es el de ese pollo, ahora "bien", que fué *acusica* en la escuela, *pelotillero* en bachillerato y carrera, niño modelo —incluso Luis— en todos tiempos. Es el eterno tipo de adaptado, de irredento, que ni aun portando el glorioso airón de sus veinte años se siente rebelde.

Y decíamos también que es torpe el estudiante. Torpeza tomada de su medio social, traída de su clase media originaria. Torpeza peor que todas las maldades. La del que tiene manos, armas, facultades, y no sabe defenderse. Torpeza que puede definirse como su aspiración de subir —¿subir?— hasta una burguesía, que es el primero en reconocer podrida, injusta, detentadora, pero que, al fin y a la postre, está *arriba*, en las regiones del *pancismo*. El estudiante, el obrero de la inteligencia, no quiere que lo confundan con el obrero manual. Prefiere parecerse al señorito. Piensa que, en el rei-



nado de la injusticia, él va a ser, más adelante, de los pisoteadores y no de los pisoteados. Ya se lo dirán cuando sea médico, o maestro de escuela, o abogado con pocos pleitos, en un pueblo inhospitalario.

¿Cabe esperar un cambio favorable en el estudiante? Seguramente. Con la juventud posee la generosidad y, en el fondo, todo este problema de justicia es un problema de educación y de cultura.

## Libros

*Historia Antigua e Historia Medieval Universal y de España.*—José Salazar y Chapela.

Los apuntes de *Historia Antigua e Historia Medieval* son dos manuales de sustantiva lectura, completos, metódicos, cuya estudiada ordenación orienta en seguida al lector por el intrincado laberinto de los hechos, facilitando notablemente su inteligencia. Esta ordenación, que no es una división inerte y sin sentido, sino una exposición de las cualidades vivas, matrices, de cada Edad, da a las mismas su fisonomía original, lo cual las hace grandemente comprensibles e inolvidables.

Comprenden estos manuales la Historia Universal y la Historia de España, mas no como cosas separadas o yuxtapuestas, sino con la íntima relación del todo a su parte. De esta forma, la suerte de la última se ofrece motivada y explicada hondamente por el influjo del mundo histórico circundante.

Los apuntes de *Historia Antigua e Historia Medieval* no son manuales empedrados de fechas, guerras, nombres de reyes, flatulencias eruditas y ortopedia bibliográfica, sino obritas escrupulosamente adaptadas a su índole elemental, de amplio contenido histórico, mas sin recargones inútiles. El autor no es un pantagruélico amontonador de hechos. Principia por tener un concepto previo de la Historia, un concepto puramente histórico, el cual, al par que estructura orgánicamente ambas Edades (Antigua y Medieval), facilita esencialmente su exposición didáctica. En efecto, la Edad Antigua se nos presenta como el concurso de tres civilizaciones madres: Oriental, Griega y Romana, persiguiéndose con cuidado las aportaciones positivas que esta trilogía antigua incorporó a la civilización. La Edad Media no es una maraña inextricable de sucesos inasequibles, por su confusa mescolanza, a la inteligencia y memoria de los noveles estudiantes, sino un todo regido por manifestaciones inconfundibles, como son el Cristianismo, el Feudalismo, las Nacionalidades y las Cruzadas, manifestaciones fundamentales que polarizan e incluyen en sí mismas los hechos peculiares que las afectan.

En suma, tanto por su espíritu —exclusivamente histórico— como por su exposición —rigurosamente esencial y metódica—, creemos recomendables los mencionados resúmenes. Escritos en un estilo sucinto y condensado, unen a su valor didáctico el de un atuendo sobrio, pero grato al gusto literario, que no debe estar reñido, ni mucho menos, con los libros de estudio, como infortunadamente es común.

AKATES.

Condiciones de venta y suscripción para  
España y América

Suscripción anual. . . . . 14,00 ptas.  
" semestral . . . . . 7,00 "  
" trimestral . . . . . 3,50 "

Número suelto: 30 céntimos

EXTRANJERO:

Número suelto, 50 cént. Un año,  
24 pesetas. Un semestre, 12 pesetas

## Este número ha sido censurado

### Libros, folletos y revistas recibidos

*De Kant a Stammler*, Alberto J. Rodríguez (Sagitario, La Plata, 1925).

*La Universidad Nueva*, Alfredo L. Palacios (Buenos Aires, 1925).

*Hacia una morfología de la vida gallega*, Juan Jesús González.

*Sobre el corazón del Silencio*, M. Ruiz de Villa (Santander, 1926).

*La Hija del Siglo*, Mario Andino (Barcelona, 1926).

*Savia* (Guayaquil, números 6 y 7).

*Revista Popular* (Córdoba, núm. 5).

*Revista de Segunda Enseñanza* (Madrid, números 15 y 18).

*Nuevo sistema de Derecho Internacional* (La Plata).

*Las Cortes de Cádiz*, doctor E. del Valle Iberlucea (Buenos Aires).

*España y América* (Cádiz, núm. 160).

*Consagración universitaria del Vucetich*, Alfredo L. Palacios (Buenos Aires).

*Las leyes de excepción*, doctor E. del Valle Iberlucea (Buenos Aires).

*Revista de Ciencias jurídicas y sociales* (La Plata, núm. 9).

*Generación Consciente* (Valencia, núm. 29).

*Revista de Escuelas Normales* (Guadalajara, núm. 30).

*Revista de Higiene y de Tuberculosis* (Valencia, núm. 210).

*La Rábida* (Palos, núm. 137).

*Martín Fierro* (Buenos Aires, núm. 22).

*Federación Sanitaria* (Sevilla).

### Notas administrativas

Para contestar a numerosas preguntas de nuestros amigos y suscriptores, anunciamos:

Que habiendo hecho nuevas ediciones de los primeros números de *EL ESTUDIANTE* (segunda época), podemos suministrar colecciones completas.

Que el mejor medio de hacer efectivo el importe de suscripciones, colecciones, etc., es el Giro postal, a nombre de *EL ESTUDIANTE*, Zorrilla, 4, Madrid, especificando claramente el nombre del remitente.

Que para la buena marcha de nuestra Administración es preciso que los suscriptores que no han abonado su suscripción lo hagan lo antes posible.

EL PALACIO DE LA ESTILOGRÁFICA  
VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.

Sr. Administrador de la Revista *EL ESTUDIANTE*  
ZORRILLA, 4 MADRID

Suscríbame por un . . . . . a la Revista *EL ESTUDIANTE*. Por giro postal envío a usted la cantidad de . . . . . importe de dicha suscripción (1).

En . . . . . a . . . . . de . . . . . de 192 . . . . . (Firma)

Mi dirección:

(1) No se dará validez a esta hoja de suscripción en tanto no recibamos el importe que en ella se especifique.

IMP. CARO RAGGIO, MENDIZÁBAL, 34, MADRID





# EDITORIAL CARO RAGGIO

Mendizábal, 34

:::

MADRID

PRÓXIMOS A PUBLICARSE

	Pesetas.
Pío Baroja: El gran torbellino del mundo.....	5,00
Azorín: Doña Inés. (Historia de amor).....	5,00
Adolfo Posada: La Sociedad de las Naciones.....	5,00
Antonio Porras: Santa mujer nueva.....	5,00
H. Barbusse: Encadenamientos. (2 volúmenes).....	10,00

## BIOL

¿Qué es el BIOL?—Un poderoso tónico fosfatado, de esmerada preparación, que se ofrece al público bajo la forma farmacéutica de granulado.

¿Para qué es?—Para proporcionar a los débiles, a los convalecientes, a los sobrecargados de trabajo intelectual o físico, a los jóvenes en el período de su desarrollo, los elementos reparadores necesarios en forma agradable y en condiciones de perfecta asimilación.

Preparado por el LABORATORIO LAZA, de MÁLAGA

4 Pesetas caja en las principales farmacias de España y

en Madrid: FARMACIA GAYOSO, Arenal, 2.

# INQUIETUDES

VERSOS

JOSÉ ANTONIO BALBONTÍN

*El autor ha regalado a "EL ESTUDIANTE" cien ejemplares de esta obra, que será remitida, libre de porte, contra remesa de tres pesetas, a los lectores que lo soliciten*

## HISTORIA ANTIGUA HISTORIA MEDIOEVAL

(UNIVERSAL Y DE ESPAÑA)

POR

D. JOSÉ SALAZAR Y CHAPELA

(Los pedidos a Rambla San Carlos, 45. — Tarragona)



===== O B R A S D E =====  
*D. RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN*  
=====

- I. La Lámpara Maravillosa.
- II. Flor de Santidad.
- III. La Marquesa Rosalinda.
- IV. Retablo de la Avaricia, la Lujuria  
y la Muerte.
- V. Sonata de Primavera.
- VI. Sonata de Estío.
- VII. Sonata de Otoño.
- VIII. Sonata de Invierno.
- IX. Tablado de Marionetas.
- X. Opera lírica.
- XI. Jardín umbrío.
- XII. Corte de amor.
- XIII. Cara de Plata.
- XIV. Aguila de Blasón.
- XV. Romance de lobos.
- XVI. Tirano banderas.
- XVII. Luces de Bohemia.
- XVIII. Divinas palabras.
- XIX. Los cuernos de don Friolera.
- XX. Opera romántica.
- XXI. La Corte Isabelina.
- XXII. La Gente del Bronce.
- XXIII. Los Cruzados de la Causa.
- XXIV. El resplandor de la hoguera.
- XXV. Gerifaltes de antaño.

===== *DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS* =====

===== 5 PESETAS TOMO =====